

EL DEFENSOR DEL OBRERO

De los bolcheviques

Para ponerse a la altura de la ignorancia explotada por los vivos, «El Eco de la Cruz» dedica un espacio a las pláticas educativas que un mago muy leído dirige a un orlado excesivamente zoque y por consiguiente muy accesible a los espejuelos con que suelen presentarse las utopías más enormes.

Un día se le presentó el mago con la noticia de que el bolcheviquismo era cosa muy buena, lo que dió lugar al siguiente diálogo que, para muestra, vamos a reproducir:

—Y ¿en qué te fundas para aconsejar que nada mejor que ser bolchevique?

—Porque es una cosa probada ya: no *te* usted más que ver que; en Rusia, *tal* mundo es bolchevique y tan contento. Allí *to* las fábricas son de todos, y *to* lo que se gana, a *repartillo*, tanto *pa* tú, tanto *pa* mí, a partes iguales. Con los tierras hacen lo *mesmo*, *tóo* es de todos; y no como aquí, que hay unos que trinchan y cortan y otros se mueren de hambre; unos, *sin trabajar* tienen millones, y a otros, trabajando de sol a sol, se los come la miseria.

—Voy, hijo mío, a ponerte algunas dificultades que se me ocurren.

—No hay *denguna dificultad*, cuando hay *guena voluntá*; venga de ahí, que a todo le contestaré.

—Me ocurre el preguntarte que quién manda en esas fábricas.

—Pues mandar mandan todos, porque todos son amos.

—Así debe ser, Macario, desde el momento que todos son amos; pero esto es muy difícil, porque si todos son amos y todos mandan, ¿a quién van a mandar?

—A los otros.

—Pero ¿qué otros, si allí no hay más que amos?

—Pues mandarán los unos a los otros.

—De modo que, según eso, se-

rán todos un rato amos y otro rato orlados.

—Eso será.

—Pero suponte tú que, cuando manda uno, contesta el otro: «No me da la gana de obedecer, que soy tan amo como tú»; ¿qué se hace entonces?

—No sé, pero a mí se me *paice* que entre todos pondrán un jefe y todos tendrán obligación de *obedecele*.

—Pero ¿qué amos serán esos obreros que tienen que obedecer a otro?

—Es que eso de ser amo será sólo *pa* la *cuestión de repartisen dimpués* *to* lo que saquen, *quié irise* *to* lo que ganen entre todos.

—¿A partes iguales?

—Eso es, a partes iguales.

—Pero suponte tú, Macario que hay un obrero que se pone a hablar con su blusa y dice: «A mí lo mismo me han de dar el trabajo mucho que si trabajo poco; hemos de salir a partes iguales... con que... no hay que matarse de trabajar.» ¿Qué se hace con ese obrero?

—Despedilo.

—¿Despedirlo? Si es tan amo como los demás: por otra parte, hace el haragán con tanto estímulo, que nadie lo nota. Además, que no será un obrero solo el que trabaja lo menos posible, serán todos, a no ser que sean tontos, porque dirán: «¿Para qué me quiero matar de trabajar, si mi exceso de trabajo ha de ser en beneficio de los malos trabajadores?» Y de aquí resultará la injusticia más irritante, que lo mismo tendrán los que trabajen que los que no trabajan.

—Pues no sé cómo arreglar esto; lo mejor será poner una Junta al frente.

—Justo, una Junta que seguramente la formarán los más intrigantes y mangoneadores, con sus dietas correspondientes, los cuales serán los verdaderos amos, y así, en vez de un amo que tenían antes, tendrán siete u ocho, según el número que compongan esa Junta. De donde resultará que

cuatro pillos vividores trincharán y cortarán a costa de los infelices que se maten de trabajar por ellos.

Y lo mismo resultará, respecto de los obreros del campo; desde el momento que se suprima la propiedad individual desaparecerá el interés de trabajar y producir mucho y bien. ¿Para qué trabajar con empeño, si otros se han de aprovechar del sudor de mi frente? Cuanto menos, mejor. Así resultará que disminuirá la producción: desaparecerá el estímulo que necesita el genio para inventar instrumentos creadores de riqueza; sobrevendrá la holganza general y las naciones irán a la ruina. Mientras que sabiendo el trabajador que lo que gane ha de ser suyo, tenderá a producir mucho, para ganar mejor salario, produciendo mucho los artículos de primera necesidad irán más baratos y el pueblo se alimentará mejor; además, los productos de ese pueblo tendrán, como más baratos, una mejor salida en el comercio mundial y la nación se hará rica.

Por eso, hijo mío, has de saber que el bolcheviquismo ya no existe si no en tu cabeza. En Rusia, donde nació, ha muerto en su cuna; hay, sí, una cosa que se llama así, bolcheviquismo, pero que solo es un nombre ya. Allí no han hecho más que sustituir unos amos por otros; es esto tan olerito como que si siquiera tienen los obreros el derecho de ir a la huelga, pues han tenido que militarlos y llevarlos al trabajo a la fuerza, son verdaderos esclavos. A eso le llaman allí bolcheviquismo, por no confesar el enorme fracaso de sus inspiradores. De eso a que ir a trabajar bajo la vigilancia y el látigo de un negrero no hay más que un paso. Por ese camino vamos a pasos agigantados hacia la esclavitud, que mató hace tiempo al Cristianismo.

¡Pobres obreros!

Estudios Sociales

LAS SANTAS HEROINAS

Con gusto reproducimos el si-

guiente párrafo de un artículo de Antonio Zuzaya, nada sospechoso en estas materias.

Veintidós religiosas hermanas de la Congregación de San Vicente de Paúl han salido de Madrid destinadas a los hospitales de Melilla. Otras cincuenta han abandonado sus humildes refugios provincianos para acudir en socorro de los enfermos de Africa. Una orden concisa ha bastado para que estas abnegadas señoras hayan dispuesto y realizado, a las pocas horas, su viaje. No han necesitado de preparativos ni de impedimentos; ellas están siempre preparadas para realizar en su piadosa misión. A la estación no han bajado, para despedirlas, músicos estruendosos ni turbas bullangueras. Todo el mundo ha considerado que bastaba a su confortación el cumplimiento del propio deber. Y así era ciertamente: no iban a matar, sino a ofrecer su vida por el bien corporal y espiritual de moros y cristianos; no sufrían a un contingente rodeado de sangre de patriotas a conquistar tierras más o menos fértiles, a apoderarse de filones subterráneos, ni siquiera a proclamar la supremacía de una raza sobre otra raza; marchaban sencillamente hacer el bien, a auxiliar a enemigos, y amigos, a practicar la religión latina verdadera, que tiene por culto las buenas obras y jamás desampara al prójimo ni persigue a quien se comulga con sus opiniones, sino que lleva su tolerancia a la cabecera de los enfermos y al lecho moribundo de los enemigos de la fe.

Cosas que pasan

LOS SABIOS RUSOS ESOLAVIZADOS

La *Libre Parole* dice que ahora unos cuantos bolcheviques disfrazados andan haciendo una colecta para los sabios rusos que los Soviets están metiendo de hambre.

Pero no sólo hacen esto con sus-